

ESPAÑA EVANGÉLICA

AÑO VIII. — NÚM. 403

Madrid,

13 de Octubre de 1927

PRECIO: 15 CÉNTS.



Monumento a Isabel la Católica. Madrid.

NÚMERO DEDICADO A LA FIESTA DE LA RAZA

Ayuntamiento de Madrid

Los evangélicos y la aproximación hispanoamericana.

AL celebrar una vez más con la llamada Fiesta de la Raza el glorioso recuerdo del descubrimiento de América por el inmortal navegante, el pensamiento y el corazón vuelan llenos de amor a aquellos queridos hermanos nuestros con los mejores deseos y afectos. Unidos con los fortísimos lazos de sangre, de raza, de lengua y de aspiraciones comunes, quisiéramos ver formada entre los de allende y aquende los mares la gran familia de los hijos de Dios que realizan en la tierra el sublime ideal cristiano que todo lo purifica y eleva.

Es ciertamente hermoso y alentador el espectáculo que ofrece la corriente, cada día más acentuada, de confraternidad hispanoamericana y el contemplar cómo los poderosos medios de comunicación que la ciencia ha descubierto, acortando las distancias inmensas que nos separan, van uniéndolo cada vez más también los corazones que se aman y las voluntades que se conciertan en una más íntima colaboración.

Pero esta aproximación ha de tener, para que pueda ser eficaz y bienhechora, una base más fuerte que la de líricas conmemoraciones de fechas y de nombres, una realidad más práctica que la que puedan traernos fiestas y pomposos discursos. Todo eso, con ser justo, debido, no es más que flor de un día, fuego de artificio que deslumbra sin quedar claridades. La base firme, la garantía sólida en que ha de descansar la deseada, por necesaria, unión entre los de allá y los de acá, únicamente ha de buscarse en Cristo «nuestra paz», que de ambos mundos hizo uno, derribando la pared intermedia de separación.

Desde que por singular providencia amorosa de Dios hubimos de surcar los mares y atravesar tierras del Nuevo Mundo en aquel memorable viaje de confraternidad, y visitando cientos de iglesias evangélicas y abrazando a muchos millares de hermanos en la fe, pudimos conocer algo de aquel hermoso movimiento espiritual que va impulsando, bien cimentado, el potente progreso de las jóvenes Repúblicas de la América española, una idea fija nos atormenta y ob-

sesiona: la de una más íntima solidaridad evangélica entre los que, siendo de la misma lengua y raza, somos también de la misma fe en el Cristo del Evangelio.

Las gloriosas naves de Colón llevaron allá todo lo mejor que los conquistadores heroicos podían a los nuevos hermanos: su genio, su cultura, su espíritu y su religión tal como se la enseñaron, con sombras e imperfecciones, pero dando generosamente cuanto tenían, y acreedores por ello, y lo serán siempre, ante la Humanidad, de gloria imperecedera, de eter-

no loor, y con toda el alma de evangélicos y de españoles nos sumamos al coro de los cantores y panegiristas que en estos días ensalzan la portentosa obra de los descubridores y colonizadores. Pero al reconocer que esta obra ha de perfeccionarse, sobre todo en lo que se refiere a orientaciones religiosas, nosotros pensamos en la gran responsabilidad que nos urge por el privilegio inestimable de haber conocido el Evangelio puro de Jesucristo. Pensamos, sí, que los evangélicos hispanoamericanos tenemos una misión especial que cumplir: la de dar, imitando los gloriosos descubridores, a nuestros hermanos de ambos mundos lo mejor que tenemos, que es lo que hemos recibido de Dios con la fe salvadora.

Se impone una más estrecha colaboración en la propaganda de los altísimos ideales religiosos que a ellos y a nosotros nos unen. Un intercambio metódico y permanente de Prensa, de literatura, de medios de propagación del Evangelio. Una bien estudiada combinación de las obras culturales y de enseñanza, hasta, en lo que sea posible, un intercambio de personal misionero que, favoreciendo el mejor conocimiento mutuo de métodos y de trabajos, nos aliente y nos edifique. Y por último, una ayuda recíproca de elementos de todo género que nos haga más firmes en la eficacia de la acción común.

Para ello, dos magnos proyectos que hay en perspectiva próxima y por cuya feliz realización hemos de orar al Señor con todo fervor e instancia, nos ayudarán mucho. Para el año 1928 se prepara por los queridos hermanos de Cuba, con todo el mayor entusiasmo, un gran Congreso Evangélico en la bella ciudad de la Habana, y en él se quiere abordar de lleno el interesante problema de las relaciones hispanoamericanas en orden a una común colaboración evangélica. Y para el año 1929 se disponen los evangélicos españoles a celebrar su segundo Congreso Nacional en la hermosa Barcelona, y en él seguramente tendrá muy buena representación la Iglesia evangélica de Hispano-América.

Pues bien; de esas dos impor-

En la Fiesta de la Raza.

*Pasaron ya los tiempos cuando en confin lejano
que hubiera otros países llegó nadie a pensar;
atravesar los mares buscando nuevas tierras,
locura pareciera quererlo realizar.*

*Del viejo Continente, naciones populosas,
imperios y repúblicas formaban sin cesar;
y cada pueblo, atento al triunfo de sus leyes,
un nuevo Continente no pudo vislumbrar.*

*Mas Dios en sus designios, que siempre fueron sabios,
a un modesto marino le plugo iluminar;
y sobre frágil nave, el Océano inmenso,
Colón, con fe entusiasta, surcó sin vacilar.*

*Y en día memorable, el nauta valeroso
a unas ignotas playas al fin pudo arribar;
y las templadas brisas del mar americano,
el pabellón de España hicieron ondear.*

*Y con aquellos pueblos, antes desconocidos,
de amor y de paz lazos llegamos a formar;
porque la fe cristiana es arma poderosa
con que los corazones se pueden conquistar.*

*Los siglos han pasado, y aquel tiempo glorioso
la Fiesta de la Raza nos viene a recordar;
y llenos de esperanza, y con amor fraterno,
más firmes nuestras almas se quieren enlazar.*

*¡Oh tierra americana! En tu florido suelo
los días de mi infancia se vieron deslizar,
bendigo su recuerdo; y hoy, con mi Patria amada,
también mi humilde musa te quiere saludar.*

*Pasando van los tiempos, las leyes, las costumbres;
las ciencias y las artes a otras dan lugar;
y lo que ayer causaba un fervido entusiasmo,
hoy casi nos hallamos a punto de olvidar.*

*Tan sólo hay una cosa que es imperecedera,
y aunque los siglos pasen, jamás ha de pasar:
la protección amante que Cristo da a los pueblos
que bajo su Evangelio se quieren cobijar.*

*En esta hermosa Fiesta de nuestra raza hispana,
también a nuestro lado Jesús se quiere hallar,
y con su amor sublime, inmenso, inextinguible,
las bendiciones darnos, que Él solo puede dar.*

LAURA MARTÍNEZ
(Española.)

ASOCIACIÓN CRISTIANA DE JÓVENES, MONTEVIDEO



EL NUEVO EDIFICIO RECIENTEMENTE INAUGURADO

tantísimas Asambleas podría salir el plan a realizar en seguida para bien de todos. Creemos que, sin pérdida de tiempo y con el mayor interés, deberían entablarse las negociaciones correspondientes entre los Comités de ambos Congresos en proyecto para ir a una inteligencia cordial en el estudio serio y concienzudo de todo cuanto pueda ser objeto de deliberaciones concretas sobre la mejor manera de ayudarse unas y otras Iglesias en el supremo afán que a todos guía de evangelizar a los de nuestra raza.

Ahí va la idea. Que la recojan, si procede, los que pueden y saben dar la forma, y a trabajar todos con la mayor y mejor fe, y que Dios bendiga para su gloria cuanto se haga por la extensión del Evangelio santo en tierras hispanoamericanas.

Lo principal, lo esencialísimo, para cuantos amamos a Cristo y queremos que Él reine en cada corazón, es que la Fiesta de la Raza y toda oportunidad que se presente sea por nosotros aprovechada para algo práctico y beneficioso en orden a la salvación de las almas. España y América deben ser para Cristo, si han de ser grandes y gloriosas, como todos deseamos, y a que lo sean han de tender todos los esfuerzos y todos nuestros amores.

AGUSTÍN ARENALES.
(Español.)

Este número ha sido revisado por la censura.

Jesucristo es el mismo ayer, hoy y por los siglos.

A TODOS LOS EVANGÉLICOS ESPAÑOLES

CREO que es muy grande el honor que se me ha dispensado al solicitar mi pequeño grano de arena e integrar con unos breves párrafos el material que ha de publicar la simpática revista ESPAÑA EVANGÉLICA con motivo del Día de la Raza.

Sin embargo, dejaré a un lado el problema racial-nacionalista que esta fiesta envuelve y aprovecharé la oportunidad para dar un mensaje que estimule la vida espiritual y religiosa de mis hermanos españoles. Sé muy bien que en vuestra noble tierra vivieron en otras horas campeones que supieron mantener muy en alto el estandarte de la cruz, y que entre los miembros de familias de rancia alcurnia hubo quienes prefirieron dar sus vidas antes que negar a Cristo como su Salvador personal.

Sé que entre los vuestros hubo quienes nos legaron las expresiones más puras y genuinas de la verdadera experiencia cristiana en páginas que hoy honran a la literatura española. Sé que somos deudores a los bravos españoles que en otrora lo arrojaron todo a fin de legar a las edades futuras — es decir, a nosotros — la Palabra de Dios en la lengua del pue-

blo. Todo esto lo sé, y por este motivo me gusta más escribiros unas líneas sobre este tópico que nos es común, que tanto amamos y que es la base, sustancia y esperanza de nuestra fe; tópico por el cual daríamos — si necesario fuere — hasta la última gota de nuestra sangre, porque nos es más querido que la misma vida presente. ¿El tópico? Ya lo habréis adivinado en las palabras del título: Cristo Jesús.

Es muy común pensar que por el hecho de que no podemos verle más en la carne, ya no es un ser real, y parecería que ésta fué la impresión que recibieron los cristianos del primer siglo, máxime aquellos que vinieron del judaísmo cuando vieron destruida su santa ciudad, derrumbado y demolido el glorioso templo y el pueblo dispersado por los cuatro cabos de la tierra.

Pero en aquella hora, y hoy como entonces, y mañana como hoy, «Jesucristo es el mismo, ayer, hoy y por los siglos.» El Apóstol Pedro, escribiendo su primera carta, también expresa un pensamiento semejante al de los Hebreos: «Al cual, Jesús, no habiendo visto, le amáis; en el cual creyendo, aunque al presente no lo

veáis, os alegráis con gozo inefable y glorificado».

Lo que los apóstoles y discípulos primitivos tuvieron que aprender, y lo que nosotros, en medio de estos días de crudo materialismo y frivolidad, tenemos que aprender a toda costa, es que *no existe ninguna inconsistencia entre la ausencia corporal y la presencia espiritual de Cristo*. Muy poco tiempo pasó antes que aquellos cristianos se dieran cuenta que Jesús estaba presente cumpliendo al pie de la letra su promesa de «He aquí, yo estaré con vosotros para siempre».

Si ante todas las cosas no hubiese existido este evangelio del Cristo viviente, el escrito nunca hubiese visto la luz. El ministerio del Cristo viviente ha continuado a través del Evangelio vivo expresado en la vida y experiencia de sus discípulos, y éstos fueron los factores que crearon el Cristianismo. Y, recordémoslo bien, éstos son los únicos factores que podrán conservarlo vivo hasta el fin de las edades. El fundamento básico, la verdad primordial sobre que descansa el Cristianismo es la persona gloriosa de Cristo Jesús.

Con demasiada frecuencia olvidamos que el orden en que creyeron los Apóstoles fué inverso al nuestro. Nosotros nos acercamos a la resurrección del Señor a través de su vida, porque nos parece más fácil; pero ellos contemplaron la vida de su Señor transformada por la resurrección.

Para los Apóstoles y los discípulos primitivos, las hermosas parábolas, enseñanzas y palabras de Jesús, y ni aun su misma vida incomparable, figuraron en primer término en su predicación y pensamiento. No. Para ellos lo fundamental, lo básico, lo irreductible fué su victoria sobre la muerte; muerte afrontada para expiar los pecados de la Humanidad. Los vuestros y los míos. Los de cada uno de los hijos de la raza humana. En esa muerte residió el secreto, la admiración y el entusiasmo que despertó esa acción única e incomparable. «Si el Hijo del Hombre fuere levantado, a todos atraerá a sí mismo.»

Si la experiencia cristiana vale de algo en el mundo, si es capaz de registrar hechos reales, entonces es innegable el testimonio de los siglos que han pasado a formar parte de la eternidad de Dios. Cristo vive entre los hombres. Cada edad, cada época, le ha contemplado y admirado su hermosura y belleza. Hombres de todos los tipos, temperamentos y condición social se han sentido atraídos por su poderosa personalidad.

Para ellos Cristo fué la «Roca de los Siglos», contra la cual pudieron guarecerse en los momentos de peligro. Para ellos no fué una mera figura histórica, un simple ideal irrealizable. Fué una personalidad viviente, real y presente, viviendo en la misma vida de ellos y pronto a acudir en su socorro en los momentos de necesidad.

La esencia del Cristianismo es lealtad y fidelidad personal a este Cristo viviente. Cada factor que nos arranque un jirón de esa lealtad, debemos considerarlo como pernicioso en alto grado y un enemigo irreconciliable de la Humanidad. Este es el motivo por qué el pecado es el enemigo supremo del hombre: es un aislador. Es una fuerza negativa y disolvente.

El Cristianismo es la vida de Cristo en la vida del hombre. Hace veinte siglos que el gran Apóstol San Pablo expresó esta idea sublime en su frase inmortal: «Para mí la vida significa Cristo.» Y «estoy crucificado con Cristo, mas vivo, no ya yo, sino que Cristo vive en mí y la vida que ahora vivo en la carne, la vivo por medio de la fe que tengo en el Hijo de Dios, el cual me amó y se dió a sí mismo por mí.»

¡Qué procesión de pronombres personales! «Me» amó. Por «mí». En «mí». Si nosotros queremos triunfar como cristianos y como Iglesia, forzosamente tenemos que entronizar a Cristo como el Señor viviente y presente de nuestras vidas, triunfador de la muerte y revelador de la vida y la inmortalidad, Rey de reyes y Señor de señores.

Hermanos españoles: vuestro patrimonio es el nuestro también. Vuestra fe es

la nuestra; vuestra esperanza es la nuestra; vuestra paz es la nuestra. Tenemos y amamos el mismo Señor. Por Él hemos ido hasta el Padre. Por Él hemos sido salvados y justificados. Por Él hemos sido renovados por la operación del Espíritu Santo y constituidos en hijos del Altísimo.

Aprovecho, además, esta ocasión para enviaros los fraternales saludos de la Iglesia central de Córdoba, hoy a mi cargo, y quien recuerda muy bien los momentos pasados en compañía del hermano Albricias.

Que el Dios de toda bendición os acompañe, bravos cruzados españoles. Que la bendita presencia del Cristo viviente en vosotros sea la dinámica de vuestra acción evangélica, y que la dirección y la iluminación del Santo Espíritu de Dios sea la antorcha que alumbré vuestros pasos, para que, en las manos del Todopoderoso, seáis los medios para llevar a España y colocarla de hinojos a los pies de Aquel que tiene un nombre que es sobre todo nombre: el nombre del Unigénito Hijo de Dios, nuestro Señor y Salvador Jesucristo, quien es el mismo ayer, hoy y por los siglos sin fin de la eternidad.

DANIEL ENRIQUE HALL.

(Argentino.)

Córdoba (Argentina), Agosto de 1927.

ESPAÑA-AMÉRICA

MADRE España! He ahí algo que se ha dicho mucho, que no cesará de decirse, porque es la figura más fiel, si se ha de hablar de aquella en términos precisos.

España, allá en el viejo mundo, volviendo su mirada a través del enigma del Océano y del tiempo, persiguiendo con su afán la estela de las carabelas heroicas, es, cuando se realiza el sueño del inmortal Colón, la madre solicita que da a la tierra que surge para ella la insignia de su fe: la bandera de la cruz. Y más tarde, cuando la hija crece y se encona contra la mano que la lleva por sendas desconocidas, ella da la vida de sus hombres, se desangra y espera sin abandonarla.

La historia nos revela todo el proceso de la vida de los pueblos: sacrificio, dolor, odio, descorazonamiento, arrebatos de heroísmo, angustias, cautiverios, rebeliones, éxodos, visiones de gloria, de paz en el porvenir...

Así se conmueven los pueblos en la obscuridad, y no en vano. Mientras llega la anhelada aurora, la historia se escribe con rasgos sangrientos, para que, al final, las letras áureas de la palabra libertad resplandezcan gloriosas.

América recorrió, con alaridos salvajes o con el silencio de los grandes dolores, todas las sendas tortuosas y llegó a su cumbre. De los choques pasados queda ahora el reconocimiento justo de las co-

sas elevadas, porque América sabe comprender y amar.

¿Cuándo se ama más a la madre? ¿Es en la niñez acaso? Sólo cuando se puede, rememorando y comprendiendo, apreciar todo su santo sacrificio, su infatigable vigilancia, su amor sin desaliento. Es la juventud la que, desde la cumbre de la vida, con el corazón pleno de gratitud hacia los que la guiaron, ve y comprende la naturaleza divinohumana de la madre.

Así América, América joven, contempla a España, agigantada por su generosidad, por el valor de sus hombres visionarios, por sus legados riquísimos; tierra madre, y como madre, grande, magnánima entre las naciones.

ANA M. CEPOLLINA

(Uruguaya.)

Montevideo, Agosto de 1927.

ESPAÑA EVANGÉLICA

PERIÓDICO SEMANAL

REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN:

BENEFICENCIA, 18. MADRID. 4

APARTADO 4024

Precios de suscripción:

Un año	8 pesetas
Seis meses	4 " "
Extrajero: Un año	15 " "
Seis meses	8 " "
América: Un año	2 dólares
Seis meses	1 dólar
No se admiten suscripciones por menos de seis meses.	
Las suscripciones darán principio en 1.º de Enero ó 1.º de Julio.	

NÚMERO SUELTO: 15 céntimos.

INFORMACIÓN EVANGÉLICA

LA VISITA DEL Rdo. PABLO PENZOTTI

Los evangélicos de Madrid han estado de fiesta. Han anticipado unos días la Fiesta de la Raza en un sentido religioso y cristiano. Han estado en comunión con sus hermanos de habla española del continente americano en la forma en que esta comunión es más real y sensible, teniendo el gozo de saludar y oír a un digno representante de aquellos hermanos de allende los mares, el reverendo Pablo Penzotti, pastor de la Iglesia Metodista Episcopal y agente de la Sociedad Bíblica Americana en las repúblicas del Plata y Chile.

Por una coincidencia verdaderamente feliz, cuando el Sr. Penzotti llegó a la capital en la mañana del jueves 5 del corriente, se hallaba también de visita entre nosotros el Rdo. Agustín Arenales, pastor de la Iglesia Evangélica de San Pablo, de Barcelona, que había venido para interesar a sus antiguos amigos de Madrid en el proyecto que actualmente llena su pensamiento y su corazón de edificar una capilla para su congregación en Barcelona. Aun a costa de poner un poco de lado sus importantes planes, el Sr. Arenales tuvo así el placer de contribuir, con su valioso concurso, al mejor resultado de la visita del Sr. Penzotti.

En la reunión de oración mensual.

Feliz coincidencia fué también que, precisamente el día que llegó nuestro distinguido visitante, se celebraba la reunión mensual de oración unida de todas las Congregaciones evangélicas de Madrid, en la Iglesia de Jesús, de la calle de Calatrava. El programa ya trazado para la reunión se llevó a efecto, tomando parte los Sres. Rhodes, Arenales y Cabrera; todos ellos limitaron lo más posible su tiempo para dar lugar a la parte inesperada de la reunión. El presidente, D. Juan Fliedner, hizo una calurosa presentación del Sr. Penzotti, y éste pronunció un breve discurso de salutación, expresando la satisfacción que sentía al hallarse por fin en España y manifestando los deseos que le animaban de ver algo de la obra evangélica que se realiza en nuestro país para darla a conocer a nuestros hermanos sudamericanos, que sienten un interés cada día más vivo por el progreso del Evangelio en la madre Patria.

El Domingo.

El Domingo 9 fué un día bien aprovechado. Predicó el Sr. Penzotti en el culto de la mañana de la iglesia del Salvador, calle de Noviciado, tomando por asunto «La misión de Cristo en el mundo», y por texto, el pasaje de Isaías, que Nuestro Señor explicó en la sinagoga de Nazareth. Con palabra fácil y amena, ilustrando su asunto con interesantes re-

miniscencias personales, el predicador expuso ante nuestra consideración lo que Cristo ha hecho y está haciendo constantemente en el mundo: dando a los hombres el conocimiento de Dios, poniendo ante ellos un nuevo ideal de vida, salvándolos del pecado y de la desesperación.

Por la tarde y por la noche predicó



RDO. PABLO PENZOTTI

Ilustre uruguayo, secretario de la Sociedad Bíblica Americana en las repúblicas del Plata y Chile, que por feliz coincidencia es nuestro huésped en estos días en que se celebra la Fiesta de la Raza.

(Fot. Alfonso.)

nuestro hermano en la capilla bautista y en la de Calatrava, siendo escuchado con placer y provecho por todos.

La reunión general.

El punto culminante de la visita fué, sin duda, la reunión organizada para el lunes en la iglesia del Redentor, de la calle de Beneficencia. Las simpatías que el Sr. Penzotti había conquistado durante su brevísima estancia entre nosotros tuvieron elocuente manifestación en la nutrida concurrencia, que llenó por completo el hermoso templo. Ocupaban asiento en el presbiterio todos los pastores de Madrid y presidía el Rdo. Fernando Cabrera.

El Sr. Arenales hizo el discurso de presentación de una manera sentida y elocuente, recordando su visita a la Argentina, el eficaz auxilio que entonces le prestó el Sr. Penzotti y la memorable re-

unión en la Segunda Iglesia Metodista de Buenos Aires, donde los evangélicos argentinos demostraron tan cumplidamente su amor y simpatía hacia sus hermanos españoles.

Y viene ahora el discurso del Sr. Penzotti. Nos falta espacio para dar una idea de la interesantísima y animada conferencia, que mantuvo al numeroso auditorio pendiente de los labios del orador. Su palabra gráfica nos llevó a través del gran continente americano, desde Río Grande hasta Punta Arenas; vimos al padre de nuestro visitante, el Rdo. Francisco Penzotti, abriendo el camino para el Evangelio en el Perú y teniendo que sufrir ocho meses de cárcel por haber anunciado la buena nueva. Asistimos a los progresos del Evangelio en Puerto Rico, en Chile, en Argentina; a casos de conversión verdaderamente notables, como el del sacerdote romano Claudio Celada, después pastor metodista en la Argentina, recientemente fallecido; recorrimos las llanuras sudamericanas en el automóvil que han regalado al Sr. Penzotti los cristianos valdenses (hay nada menos que 13.000 valdenses en varias colonias del Uruguay y la Argentina), y nos imaginamos escuchar una de las conferencias con proyecciones que el Sr. Penzotti va dando en sus viajes por el extenso campo de su trabajo como agente de la Sociedad Bíblica. A estas [Conferencias, nos dijo, agregará en adelante una sobre España, ilustrada con las fotografías que se llevará de nuestra tierra y de nuestra obra. Vimos la obra evangélica desarrollarse en aquellas Repúblicas en un ambiente de completa libertad, y a las iglesias, alcanzando en breves años pleno sostenimiento propio. La visión fué confortadora y estimulante.

El efecto que el discurso produjo fué profundo. Realmente necesitábamos todas las notas de gozo y optimismo que el Sr. Penzotti emitió con tanta sencillez como elocuencia. El servicio cristiano no es una empresa llamada a fracasar sino a alcanzar buen éxito con la bendición de Dios. Podrá el crecimiento ser más lento en unas comarcas que en otras, pero en todas Dios se toma tiempo para su obra de gracia. No crece tan de prisa un roble como una calabacera. Y Dios quiere que seamos, no criaturas de vida efímera en su servicio, sino robles, llenos de vitalidad y resistencia. El servicio de Cristo y su Evangelio puede bien entusiasmar a jóvenes de capacidad y proporcionar las satisfacciones más duraderas.

El Sr. Penzotti marcha para Barcelona acompañado del Sr. Arenales, y se propone visitar después Alicante, Sevilla, Granada y tal vez otras poblaciones. Le deseamos un viaje muy feliz y esperamos que su paso por nuestra Patria le sea muy grato y traiga mucho beneficio a la Obra de Cristo.

Suscríbase a ESPAÑA EVANGÉLICA

DESCUBRIMIENTO MARAVILLOSO

ESTA es la historia del descubrimiento de América. Cristóbal Colón era un muchachito italiano. Vivía hace tiempo, más de cuatrocientos años, en compañía de sus padres, en una ciudad a orillas del mar.

A veces jugaba en la playa y contemplaba los barcos que partían de viaje.

Otras veces jugaba en los muelles y veía a los barcos regresar al puerto.

En algunas ocasiones escuchaba a los marineros relatar historias de sus viajes, narraciones en las cuales hablaban de los países maravillosos y de las espléndidas ciudades que habían visitado. El amor al mar comenzó a apoderarse con fuerza de su corazón.

Cristóbal había aprendido a leer y escribir y a dibujar mapas.

Los libros que más le gustaban eran los que hablaban de viajes por extraños países.

En aquella época nadie sabía nada del continente que ahora se llama América; pero los viajeros hablaban de la India y de Catay, lejanas tierras de Oriente. Hablaban de las fabulosas riquezas que se encontraban allá: sedas, marfil y joyas. Decían que había en esos países palacios de mármol y templos cubiertos de oro.

Pero la distancia a que se hallaban esas tierras era muy grande y el viaje muy penoso, atravesando montañas elevadas, ardorosos desiertos y parajes infestados de bandidos.

— ¡Qué lindo sería que el camino que debe seguirse para ir a la India y a Catay fuera corto y fácil! — decían los mercaderes de Italia.

Cristóbal no leía solamente libros de viajes, sino que también leía los libros de algunos sabios que decían que la tierra no era plana, como todo el mundo creía entonces, sino que, por el contrario, la tierra era redonda como una bola.

Él pensaba en eso:

— Si la tierra es redonda como una bola — se decía —, podemos llegar a la India y a Catay navegando hacia el Oeste. Me gustaría intentarlo. Quizá ese fuera un camino mejor que cruzar elevadas montañas, ardorosos desiertos y parajes infestados de bandidos.

Lo único malo que había en ese plan era que nadie conocía a uno que lo hubiera intentado antes y que nadie sabía si era factible o no.

Cuando Colón lo comunicó a sus amigos y parientes, éstos dijeron:

— ¡Qué locura! ¿Cómo va a poderse llegar a un país que se encuentra al Este de aquí, navegando hacia el Oeste? Además, todos saben que si en el mar se avanza muy lejos hacia el Oeste, se llega al fin y se cae en el vacío.

Cuando hablaba con los marineros de los muelles, le contestaban:

— No trates de aventurarte en los ma-

res occidentales. Allí hay muchos grandes monstruos — y, al decir esto, sus voces tornábanse temblorosas —. Allí hay diablos y gigantes. Te tragarían a ti y a tu barco, y si, por casualidad, lograbas libertarte de ellos, llegarías al sitio donde el mar termina, y morirías. No trates de emprender tan loca aventura.

Cuando Cristóbal creció, se hizo marinero y realizó muchos viajes a las ciudades que se encuentran a lo largo de la costa del mar Mediterráneo. Siempre abrigaba la intención de efectuar el viaje que anhelaba hacer, cruzando el gran océano del Oeste.

Habló de eso con varios sabios, los cuales le dijeron:

— Creemos que, en efecto, la tierra es redonda. Si usted navega hacia el Oeste, sin duda alguna conseguirá llegar a las ricas tierras de la India y de Catay.

Entonces Colón se decidió.

— Voy a intentarlo — se dijo valerosamente —. Voy a intentarlo.

Pero era pobre. No tenía barcos para realizar el viaje. Necesitaba dinero para pagar a sus marineros. Necesitaba dinero para comprar víveres.

Pidió a la gente rica de su nativa ciudad de Génova que le prestase dinero para el viaje.

— ¡Qué insensatez! — dijeron —. Usted y sus barcos llegarán al fin del mundo y caerán en el vacío. De ese modo, ¿en qué forma va usted a devolvernos nuestro dinero?

Se trasladó a Venecia, una ciudad muy rica, en la que había muchos barcos.

— ¡Oh, no! — le contestaron —. Nosotros no permitiremos que nuestros barcos se aventuren en el Mar de Sombras que hay más allá del océano Atlántico.

Acudió a ver al rey de Portugal. Colón había oído decir que el rey ayudaba a los viajeros. Pero el rey se negó a ayudarlo.

Entonces fué a ver al rey y a la reina de España.

— Si Vuestras Majestades me dan algunos barcos para realizar este viaje, yo les traeré de vuelta oro, plata y joyas — les dijo —. España será la nación más rica del mundo.

Los reyes sintieron muy interesados y le contestaron que iban a pensar en el asunto. Pero tardaron mucho en hacerlo, y Colón, sintiéndose descorazonado, se decidió a ir a pedir ayuda al rey de Francia.

En todas estas andanzas habían pasado muchos años, y Colón tenía entonces alrededor de cuarenta y cinco años de edad.

Antes de que partiera para Francia, la reina Isabel de España se decidió a ayudarlo, y lo mandó llamar.

— Voy a ayudarlo — le dijo —. Voy a ayudarlo, aunque tenga que vender mis joyas para hacerlo.

La reina vendió sus joyas y compró tres pequeños barcos que se llamaban la *Pinta*, la *Niña* y la *Santa María*.

Los barcos de esa clase eran llamados carabelas. ¡Qué chiquitos y débiles eran! Se necesitaba mucho valor para atreverse a cruzar en ellos el gran océano Atlántico.

Pero Colón era valiente y se preparó en seguida para emprender el viaje. Logró reunir, más o menos, 100 marineros. Era muy difícil conseguir gente que quisiera arriesgarse en una travesía tan peligrosa.

Pero, al fin, todo estuvo listo. El día elegido para la partida fué el 3 de Agosto de 1492. El lugar fué el puerto de Palos, en España.

Resolvieron salir muy temprano por la mañana, con el fin de navegar lo más posible el primer día. Cuando todavía estaba obscuro, un grupo de gente vino a verlos.

— Yo no iría en uno de esos barcos — dijo un hombre —. Si navegan muy lejos hacia el Oeste, llegarán al fin del mundo y caerán en el vacío. Yo no partiría con Colón ni por todo el oro de la India entera.

— Yo tampoco — dijo otro —. En los mares occidentales hay muchos monstruos y gigantes que se tragarán los barcos. Yo no iría con Colón ni por todo el marfil y las joyas de Catay.

Una hora antes de la salida del sol, aquel viernes 3 de Agosto de 1492, por la mañana, largaron amarras, el viento hinchó las velas, y los tres pequeños navíos partieron.

La gente que estaba en el muelle agitaba las manos, y muchos gritaban:

— ¡Adiós y buena suerte! ¡Vuelvan con sus barcos llenos de oro!

Pero otros sacudían la cabeza, y decían:

— ¡No volverán nunca!

Así fué como Colón partió para su gran aventura.

A 100 millas de España hay un grupo de islas llamadas las Canarias. Figuraban en los mapas que tenía Colón, porque los barcos habían llegado muchas veces hasta ellas. Colón se dirigió a las islas Canarias y se detuvo en ellas algunos días, para cargar víveres y agua y para hacer algunas reparaciones a uno de los barcos.

Cuando todo estuvo listo, partió de nuevo, y al perderse en el horizonte las islas Canarias, las carabelas, con su arriesgado y valiente comandante, se encontraron solas en el océano Atlántico.

Día tras día los tres pequeños navíos navegaron hacia el Oeste por mares desconocidos. Las estrellas los contemplaban asombradas por las noches, el sol los cubría de luz durante el día, y los vientos los impulsaban siempre más allá hacia el Oeste.

Muy pocos de los marineros sentíanse tranquilos en ese extraño viaje. A medida que se alejaban de la tierra, más y más se asustaban. En una ocasión, los barcos llegaron a un lugar en el que había mu-

chas plantas acuáticas que flotaban en el mar, en una extensión de muchas millas. Para pasar a través de ellas, tenían que ir muy despacio, y los barcos apenas podían avanzar.

— Esta es una trampa que han puesto los monstruos para detener nuestros barcos y venir después a devorarnos — decían los marineros.

Pasaron varios días antes de que se vieran libres de esas plantas. Entonces el viento comenzó a soplar con fuerza desde el Este.

— ¡Dios mío! — exclamaban los marineros —. Jamás podremos volver a nuestros hogares, porque el viento siempre estará contra nosotros.

Un día vieron un pájaro que volaba entre los barcos.

— Es un pájaro terrestre — dijo Colón —. No lejos de aquí debe estar la costa que nos salvará.

Durante todo el mes de Septiembre continuaron navegando hacia el Oeste. Cuando llegó Octubre y no había ninguna tierra a vista, los marineros se impacientaron.

— Hace más de dos meses que estamos navegando y todavía no hemos llegado a tierra. No iremos más adelante — decían.

— Encadenemos a Colón y hagamos regresar los barcos — aconsejaban algunos.

— Arrojámoslo por la borda y volvamos a nuestros hogares — decían otros.

— ¿Ahora quieren retroceder? — dijo Colón —. Piensen en todo el oro que podrán llevarse cuando lleguemos a los ricos países de la India.

— Pero jamás conseguiremos llegar a esas tierras. Todo lo que nos rodea es agua, y nada más que agua — replicaban los otros.

— Yo no pienso eso — replicó Colón —. Denme unos días más de plazo.

— Bueno; le concedemos pocos días más — dijeron los marineros.

Esto era lo que Colón deseaba.

Al día siguiente vieron varias cosas que les indicaron que estaban próximos a alguna tierra. Vieron maderas que flotaban en el agua. Vieron bandadas de pájaros que venían volando desde el Sudoeste. Vieron una rama verde con flores, sobre el mar.

— Debe haber una tierra no lejana de aquí — dijo Colón —. Esas ramas verdes con flores no las produce el mar. Esos pájaros son aves terrestres que regresan a su hogar. Esas maderas han sido cortadas por la mano de un hombre. No tardaremos mucho en llegar a la costa.

Esa noche Colón la pasó en un estado de gran ansiedad. Estuvo despierto y en pie, esperando.

A eso de las diez, vió una luz sobre el agua, a lo lejos. Se movía como si alguien la llevara de un lado al otro. Pero nada más pudo ver en la oscuridad. Los marineros de los otros barcos también esperaban. Hacia las dos de la mañana, un tripulante de la *Pinta* gritó:

— ¡Tierra! ¡Tierra!

Dispararon un fusil para avisar a los otros barcos, y todos se detuvieron, esperando a que llegara la mañana.

Cuando la mañana llegó, había tierra a la vista. Eran las costas de una hermosa isla.

De ese modo, en menos de diez semanas de navegación, Colón llegó a la isla de San Salvador, la cual se encuentra al Sudeste de la costa de los Estados Unidos, el 12 de Octubre de 1492.

Y entonces el corazón del gran navegante se llenó de alegría.

En la isla a la cual habían llegado vivían gentes muy raras. Éstas nunca habían visto antes un hombre blanco. Nunca habían visto barcos. Vivían en la más completa ignorancia.

Colón se puso uno de sus mejores trajes, de color escarlata con lazos de oro. Se embarcó en un bote, llevando en la mano la bandera de España. Algunos de sus oficiales y algunos de sus marineros fueron con él y se dirigieron hacia la isla.

Entonces Colón se arrodilló y dió gracias a Dios por haberlo salvado de los peligros del mar. Luego plantó en la are-

na la bandera de España y tomó posesión de las nuevas tierras en nombre del Rey y la Reina de España.

Colón no encontró el oro y la plata y las joyas y los palacios de mármol que esperaba. Pero encontró un hermoso país con selvas inmensas y verde campo perfumado, con flores y pájaros canoros.

Pensó que había encontrado una isla de las costas de la India y de Catay. Pero, sin embargo, lo que había encontrado eran las costas de un nuevo mundo, el continente que ahora llamamos América.

Cuando volvió a España fué alegremente recibido.

A pesar de que Colón hizo tres viajes más, nunca pensó que había descubierto un mundo nuevo.

Pero ahora nosotros lo sabemos. Y estamos agradecidos a Colón por haber sido tan valiente como para aventurarse en un viaje que nadie se había atrevido a intentar. Estamos contentos de que él se mantuviera siempre sereno, a pesar de los sufrimientos, las desesperanzas y los peligros que tuvo que afrontar en su largo viaje por el mar.

ELENA FULLER

AMÉRICA

I

Mirad las carabelas... ¡Ya están listas para su viaje a la ignorada tierra...!

Un viento bonancible infla amoroso las latinas velas. Sereno el cielo está; sus nubes tienen hermosa transparencia, y el mar, el mar inmenso, casi siempre agitado por grandes turbulencias, apenas si en el suave movimiento que a las naves imprime, nos revela que hay vida en sus entrañas, aparentemente muertas...

El Sol, radiante como nunca, su oro por todas partes vuelca...

¡Todo cobra relieves no soñados en aquel cuadro de sin par belleza!

II

¡Contemplad! En la capitana nave, sobre el mástil altísimo, ya ondea de Aragón y Castilla el estandarte.

Colón, sobre cubierta, con serena mirada hacia Occidente vuelta, escruta en esa línea imaginaria, en esa línea incierta en que unirse parecen el cielo inmenso con la mar inmensa, como si en su fantasía, Colón, el Visionario, presintiera que de allí, de esa línea, habrían de surgir las tierras nuevas...

III

Las naves han partido. El mar y el cielo son ya los dueños de ellas...

¡Dejaron, al partir, un mundo entero, en anhelante espera; un mundo entero en ansias infinitas de un nuevo mundo, de una vida nueva...!

¡Las sombras han caído; ya todo se ha esfumado, nada queda ante los ojos que ávidos siguieron de las naves gallardas las estelas...!

IV

Han despertado ya muchas auroras sin que se avisten las soñadas tierras.

Jugaron con las naves el mar y el cielo, del genial marino la temeraria empresa.

Y en aquella soledad impresionante, rugiente la protesta brota; los tripulantes exigen a Colón que a España vuelva, perdidas ya su fe y sus esperanzas en una lucha que parece eterna... Pero el gran genovés no se amilana; cuanto sus hombres más se desalientan, más grandes son en él sus esperanzas y su fe más ciega.

«¡Tres días dadme y os daré otro mundo!» — dice a sus hombres con la voz serena —, y es tanta la confianza que trasciende de la promesa aquella, tan subyugante es esa voz, que tiene la inflexión de la voz de los profetas, que las iras se aplacan, y al instante, las grandes esperanzas se renuevan...

V

Truena el cañón al despuntar la aurora de aquel tercero día que pidiera a sus hombres, Colón. ¡Grito estridente desde la «Pinta» llega...!

«¡Tierra!» — gritó Rodrigo, alborozado —, y antes que el eco de su voz muriera, como al conjuro de una fuerza extraña, irrumpen en cubierta todos los hombres, y los labios todos, con suprema emoción, repiten: ¡tierra! Y mientras, ese grito se agiganta; mientras, cobra rarísima imponentia, y en aquel escenario impresionante canto augural semeja.

¡Canto augural que arranca Natura en su arpa de invisibles cuerdas!, allá en el fondo, en el confin lejano, en esa línea imaginaria, incierta; en ese punto en que parece unirse el cielo inmenso con la mar inmensa, ante los ojos de la vieja Europa, emerge, llena de esplendor, América.

JUAN M. BAUZÁ
(Uruguayo)

Esfuerzo Cristiano

Venciendo el desaliento.

Dom., 23 de Octubre. 2.^a Cor., 4, 7-18.

Lecturas diarias.

Lunes . . . Como Caleb Núm., 13, 25-33.
Martes . . . Como Moisés. Núm., 32, 6-19.
Miércoles . Como David Sal., 42, 1-11.
Jueves . . . Como Cristo Is., 42, 1-4.
Viernes . . Como Pedro Hech., 4, 1-10.
Sábado . . . Como Pablo Hech., 27, 21-26.

Consejos a los desalentados.

No debéis pensar mucho en vuestras dificultades. Cuando la cabeza se trastorna y el corazón desfallece, encontrándonos al borde de un precipicio, es enteramente necesario apartar la vista del abismo que está a nuestros pies. Mirar hacia arriba es nuestra única esperanza.

Cultivad el hábito de descubrir todo lo que haya de brillante en nuestra vida. Por obscuro que sea vuestro cielo, hay un trozo azul o una franja de luz. Fijaos mucho en estas cosas. Pensad más bien en lo luminoso que en lo obscuro, en lo que da esperanza más que en lo que desalienta. Alabad a Dios por el síntoma más pequeño de bendición, por aquello que no es tan malo como podía ser.

Ilustraciones.

Un joven dijo en cierta ocasión que había sido traído a Cristo por su hermano, quien después de haberse convertido, le hablaba repetidas veces acerca del estado de su alma.

Decía este joven: «Nunca contesté a mi hermano, sino que opuse a sus ruegos un silencio indiferente. A menudo pensaba yo que él se desanimaría y dejaría de insistir viendo el poco resultado; pero al mismo tiempo yo me alegraba de ver que no desmayaba, y realmente estaba cada vez más cerca de entregarme al Señor, aunque nunca se lo dije.»

Temas para pensar.

¿Por qué permite Dios que tengamos algunos desalientos?

¿Cómo podemos animar a otros?

¿Cuáles eran algunas razones que Pablo tenía para desmayar?

Pensamientos.

La manera de sobreponernos al desaliento es fijar nuestros ojos, no en nuestros fracasos o en los de otros, sino en el blanco, y proseguir hacia él.

Que el arroyo de vuestra vida no sea un arroyo murmurador.

Sociedades infantiles.

El quinto Mandamiento.

Dom., 23 de Octubre. Ef., 6, 1-3.

Nada más justo que honrar a nuestros padres por los muchos beneficios que les debemos y por el lugar que ocupan en relación a nosotros.

Los padres son los guardadores que Dios nos ha dado, los que han de dirigir nuestra infancia y nuestra juventud hasta que llegamos a ser hombres.

Nadie puede enumerar los beneficios que ha recibido de su padre y de su madre. Por tanto, debemos obedecerles, porque tienen derecho a mandar sobre nosotros. Debemos respetarlos por la posición que ocupan. Debemos auxiliarlos cuando nos sea posible, por lo mucho que ellos nos han auxiliado. Finalmente, son dignos de nuestro amor y nuestra reverencia.

El Domingo de la Prensa 6 de Noviembre

ESPAÑA EVANGÉLICA viene atravesando por momentos verdaderamente críticos en su publicación.

Abonados que han olvidado pagar su suscripción, no obstante hallarnos ya en las postrimerías del año;

Entidades que nos han suspendido su ayuda por dificultades financieras, y

Organismos cuya ayuda generosa ha resultado mermada por efecto de la baja de los cambios;

han disminuido en una cifra bastante considerable nuestros ingresos, dificultándonos con ello los pagos que tiene que realizar un periódico como éste, que se ve sujeto hasta tener que pagar contribución industrial, y colocándonos en una situación tan difícil, que ignoramos si podremos cumplir hasta fin de año los compromisos que tenemos contraídos con aquellos que pagan puntualmente su suscripción.

ESPAÑA EVANGÉLICA se dirige hoy

a sus abonados,
a sus lectores,
a sus amigos,

a los interesados en la propaganda evangélica por medio de la hoja impresa, y a todos los evangélicos españoles en general, para hacerles saber que la continuación de esta revista está en sus manos.

EL DOMINGO DE LA PRENSA

se aproxima, y ESPAÑA EVANGÉLICA necesita que ese Domingo le proporcione la cantidad de

5.000 pesetas.

La cantidad parece grande, y, sin embargo, no es difícil de obtener. Un poco de buena voluntad y otro poco de verdadero interés, realizarán el milagro. Para ello bastará con que cada lector de ESPAÑA EVANGÉLICA aparte para ella el DOMINGO DE LA PRENSA una peseta, una peseta que se invierte en un refresco, en una sesión de cine, en una fruslería cualquiera. Hágase así, acompañese el donativo de la oración al Señor, y sin dificultad, la cantidad que se recaude el DOMINGO DE LA PRENSA excederá de las

5.000 pesetas.

Escuela Dominical

La vocación del profeta.

23 de Octubre.

1.^o Rey, 19, 19 y 20;
Amós, 7, 10-15;
Isaías, 6, 1-8.

TEXTO ÁUREO: *Después oí la voz del Señor, que decía: ¿A quién enviaré, y quién nos irá? Entonces respondí yo: Heme aquí, envíame a mí.* — Is., 6, 8.

Nuestra lección trata de la vocación de los profetas en general, y toma como ejemplos tres casos: Eliseo, Amós e Isaías, profetas de muy distinto carácter, pero todos ellos mensajeros de Dios, llamados por Dios para comunicar a los hombres su voluntad. Esto es un profeta: uno que habla por Dios, a nombre de Dios. Puede anunciar acontecimientos futuros, pero no es ésta su misión exclusiva. Al lado de las predicciones, y en más abundancia que ellas, hay, en las palabras de los profetas, amonestaciones, reprensiones, exhortaciones, ruegos.

La vocación de Eliseo. Tuvo lugar por medio de Elías. Dios se sirve muchas veces de un siervo suyo para llamar a otro. Elías en Horeb había recibido el encargo de llamar al ministerio profético a Eliseo. Elías necesitaba un compañero y Dios se lo proporcionó. Eliseo estaba trabajando en el campo cuando el llamamiento vino a él en una forma expresiva, pero callada. Dios llama a su servicio a hombres activos y trabajadores. Lo único que pidió fué el tiempo necesario para besar a su padre y a su madre. El incidente recuerda el de aquel que pidió algo parecido a Jesús y Jesús le contestó de una manera que puede parecer severa (Lucas, 9, 61, 62); pero evidentemente el que pretendía seguir a Jesús no era sincero como Eliseo.

La vocación de Amós. Amós no era profeta ni hijo de profeta; es decir, no se había educado en aquellas comunidades religiosas donde entraban jóvenes que, bajo la dirección de los profetas, se preparaban para la misma obra. Amós era boyero y cogedor de cabrahigos, una fruta muy barata, alimento de la gente pobre. Dios puede servirse de los instrumentos más humildes, si son dóciles.

La vocación de Isaías. El gran profeta evangélico era un hombre muy diferente de Amós; hombre de ciudad y consejero de reyes; según muchos comentadores, miembro de la aristocracia. Tuvo su visión «el año que murió el rey Uzías», un rey que había sido prosperado en gran manera en los días que obedeció a Dios, pero que acabó muriendo leproso por un acto de soberbia y sacrilegio.

Isaías es el profeta de la santidad de Dios. El canto que oyó a los serafines «Santo, santo, santo, Jehová, Dios de los ejércitos», halló un eco en sus profecías. La gloria de Dios no es tanto su poder, su autoridad, su sabiduría, como su infinita perfección moral, su santidad. «El Santo de Israel» es el título que Isaías da preferentemente a Dios.

Isaías se sintió inundo y perdido delante de Dios. Fué el ascua tomada del altar, encendida en el fuego del sacrificio, lo que le limpió. Es Dios quien ha provisto purificación para nuestro pecado. Nosotros no podemos limpiarnos.